

Prensa de escándalo

# EL HOMBRE QUE HACE TEMBLAR A SPRINGER

MARIE MULLER

Günther Wallraff, treinta y seis años, Robin de los Bosques del periodismo, ha trabajado de incógnito para el terrible zar alemán de la prensa sensacionalista, Axel Springer. Su libro descubre los trucos del "Bild Zeitung", cuatro millones y medio de lectores.

**W**ALLRAFF es un periodista célebre y temido por el tipo de reportaje que practica: no se contenta con ir a ver, con entrevistar a la gente. Cuenta lo que ha visto desde dentro. Se hace pasar, por ejemplo, por "empresario católico con escrúpulos de conciencia" y le pregunta a los obispos si puede vender "napalm" al Ejército norteamericano en Vietnam —¡bendición concedida!—, se mete en el pellejo de un militante del partido ultraderechista NPD que busca trabajo, de un alcohólico en un asilo psiquiátrico, o de un indio. "Günther Wallraff estaba allí", dicen de él, imitando la publicidad del "Bild Zeitung", el más poderoso diario de Alemania, cuatro millones y medio de lectores, en cuyo seno Günther Wallraff ha jugado durante estos últimos meses su papel más duro. "Bild" estaba allí, y Günther Wallraff estaba, a su vez, de incógnito en el "Bild".

Los beneficios obtenidos con la venta del libro se dedicarán a un fondo de ayuda a las víctimas del "Bild". El dinero podrá ayudarlas a defenderse jurídicamente contra las calumnias, las deformaciones y mentiras del periódico. Y a encontrar, por ejemplo, como Katharina Blum en la obra de Heinrich Böll, de la que Volker Schlöndorff ha hecho una gran película, su "honor perdido".

—¿Cuándo y cómo dieron comienzo estos reportajes singulares?

GÜNTHER WALLRAFF.—En el Ejército. El aparato del Ejér-

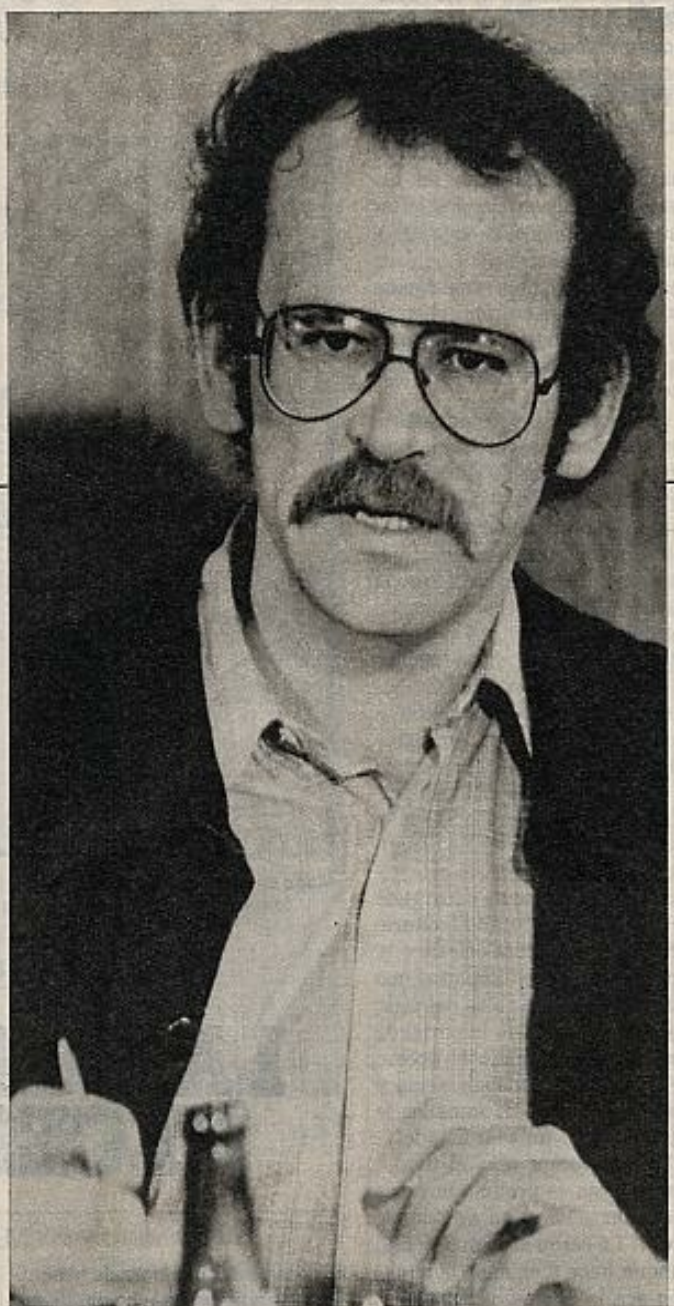
cito me aplastó en todos los sentidos. Me encontré muy mal. Allí comprendí la importancia de la escritura. Llevaba un diario para no hundirme. Me trataron durante seis semanas en la sección psiquiátrica del hospital militar. El psiquiatra calificó mi "enfermedad" de "foco sumamente peligroso que podría extenderse". Era mi primer papel, involuntario.

Al salir, Wallraff publicó su diario de recluta. El libro gustó a Heinrich Böll, que le ofreció su apoyo.

En 1974, Günther Wallraff quiso saber cómo podía sentirse un griego bajo los coroneles. Y de acuerdo con la resistencia griega, se ató a una farola en Atenas para distribuir octavillas exigiendo elecciones libres, abolición de la censura, liberación



"Bild" se autocalifica de "independiente y por encima de los partidos".



Wallraff: "El 'Bild' es uno de los bastiones reaccionarios de Alemania. Por que afecta a millones de obreros y de empleados que no leen otra cosa".

de los prisioneros políticos, boicot turístico. Fue condenado a catorce meses de cárcel por el Tribunal militar y pronunció entonces una requisitoria de una violencia tremenda contra la Junta en el poder.

—De todos sus disfraces, ¿con cuál se queda?

G. W. (Se ríe).—En Portugal, en Trama, trabajé varios meses en una cooperativa agrícola. Fue el primer papel en el que me sentí a gusto, porque no tenía que meterme en el pellejo de otro.

—¿Fue entonces cuando se encontró con Spínola?

G. W.—No, ocurrió un poco más tarde, por puro azar. Me

presenté al obispo de Braga como enviado de un periódico católico de Colonia, dispuesto a "eliminar a todos aquellos rijos" que amenazaban al poder constituido. El obispo me felicitó por mi justo combate.

"Después, muy fácilmente, gracias a un taxista, obtuve la dirección de un albergue donde se reunían habitualmente la extrema derecha. Acudí allí junto con una colega a la que había conocido en la cooperativa y que hablaba portugués. Nos quedamos allí todo el día sin resultado. Al final de la jornada entró un joven con un perro. Mi amiga empezó a jugar con el perro para ir enta-

blando poco a poco conversación con su dueño. Nos presentó como alemanes ricos dispuestos a ayudarlos, a darles dinero y armas. El joven pronto nos introdujo en casa de los auténticos jefes, que eran militares.

"Hoy todavía no entiendo nada de lo que pasó. Les causamos muy buena impresión. Los volví a ver en Madrid algo más tarde; les hablé de dinero y esto los impresionó. No sabía que Spínola estaba detrás de aquello. Hablaban del "general", pero yo no sabía a cuál se referían. Para demostrarnos su credibilidad, nos enviaron mapas detallados de sus planes de acción: ataques contra las sedes del Partido Comunista portugués y otros objetivos. Querían encontrarse con nosotros en Múnich, donde Spínola iba a visitar a Strauss. La idea no me gustaba porque allí podían reconocernos. Logramos atraerlos a Düsseldorf. Spínola estaba entre ellos. Yo no había previsto tal cosa, así que tuve que improvisar. Un compañero, estudiante, hizo el papel de "experto económico". Otro, empleado de profesión, se hizo pasar por "experto de la OTAN". Pero me faltaba el "presidente". Yo siempre les había hablado del "presidente".

"Acudieron al Park Hotel. Spínola se negaba a vernos si no traíamos al "presidente". Me encontré con un tipo al que no veía desde hacía dos años, y logré convencerle para que siguiera nuestro juego. Se compró rápidamente una cartera de ejecutivo y cuando llegó a la cita no le había dado tiempo siquiera a sacar la llave del interior. Se quedó estupefacto al comprobar que tenía enfrente al auténtico Spínola. Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás.

(El reportaje provocó un gran escándalo hace tres años. Consiguió que fracasaran los proyectos golpistas del general Spínola; provocó su expulsión de Suiza y colocó a su interlocutor alemán, Franz Josef Strauss, en una situación embarazosa.)

—Y este año, usted ha dedicado cuatro meses a trabajar como reportero del "Bild Zeitung" en Hannover...

G. W.—Sí, era una idea que se perseguía desde hacía tiempo. Llevaba años siguiendo a la gente del "Bild" y haciendo contrareportajes. Es decir, yo iba a ver a la misma gente que veían ellos y mostraba cómo el "Bild" había falsificado la realidad.

—¿Por qué el "Bild", precisamente?

G. W.—Porque el "Bild" es uno de los baluartes reaccionarios en Alemania. Porque afecta a millones de obreros y empleados que no leen otra cosa. Porque el grupo Springer es un monopolio único en Europa, el único que se dedica a propagar cotidianamente el odio. Porque "Bild" no es sólo un periódico, sino toda una Weltanschauung, una concepción del mundo, que le inoculan a cada alemán, día a día, como una droga.

"Un ex redactor del "Bild" me presentó como sucesor suyo. Había trabajado dos años en el periódico para poder pagar sus deudas y no quería seguir un día más. Fue mi papel más difícil: meterme en el pellejo del repórter de dientes largos, como el que aparecía en "Katharina Blum"; el actor se había

honrados, al comienzo, pero no resisten. Se derrumban y son víctimas de enfermedades psicósomáticas. O bien se desahogan con agresiones estúpidas contra los más débiles: te vuelcan el cesto de los papeles encima de la mesa, o te vierten el cenicero sobre la máquina de escribir...

Está fatigado Günther. Ha celebrado tres reuniones hoy. Tiene varios procesos encima. La prensa reaccionaria le reprocha sus "métodos". No deja de resultar gracioso si tenemos en cuenta que los periodistas de Springer no vacilan en hacerse pasar por enfermos, policías o vecinos llegados para dar el pésame cuando se trata de sorprender a la esposa de un ministro que está en el hospital por depresión nerviosa, en sus



Para el típico reportero del "Bild", caricaturizado en la película de Böll y Schlöndorff, "El honor perdido de Katharina Blum", cualquier método es válido con tal de arrancar confesiones que escandalicen a la opinión.

inspirado, por otra parte, en auténticos modelos "Bild".

—¿Son de verdad tan cínicos?

G. W.—No son cínicos. No saben lo que hacen. Son los peones de un sistema cínico, los soldados de la tropa Springer. Se limitan a recibir órdenes. Hay que decir que en un cincuenta por ciento trabajan sin contrato, sin días de descanso ni vacaciones garantizadas, diez horas al día como media. Lo que entraña una competencia espantosa entre los redactores, entre las Redacciones. Se trata de ver quién conseguirá la historia más escandalosa. Crímenes sexuales, sucesos fabricados o reelaborados, todo es válido con tal que haya sangre en "primera". Algunos reporteros son

traer fotos de un álbum de familiares muertos, irrumpir en casa de las viudas, llevar a cabo provocaciones organizadas para fotografiar un rostro lagrimeante es moneda corriente.

—¿Cuáles han sido las reacciones a la aparición del libro?

G. W.—Más violentas de lo que me esperaba. No soy valiente, soy bastante inconsciente, no había previsto eso. En primer lugar, Springer trató de que se prohibiera el libro; luego intentó acabar conmigo financieramente con una serie de procesos. Algunos periodistas del "Bild" se dedicaron a seguirme día tras día. Hicieron una investigación en Stavenheim, barrio de Colonia donde pasé mi infancia, preguntaron a

todos mis vecinos por ver si tenía el mínimo vicio. Se presentaron en casa de mi madre fingiendo ser del "Spiegel". Ella los tomó por amigos míos, les contó lo mucho que le preocupaba su hijo. Al día siguiente, en el "Bild", grandes titulares: "¡Su desgracia es su hijo!". En medio de tanta agitación, la gente del barrio creyó que se trataba de buscar terroristas y dejaron de dirigirme la palabra. Mi madre está desesperada. Tiene sesenta y siete años y siempre había vivido en el mismo barrio. No tuvo más remedio que mudarse.

"Pero mi librito ha tenido también consecuencias políticas positivas. Los sindicatos lanzaron la campaña anti-"Bild". Esta campaña surgió de las entrañas mismas de la base. Algo que es fundamental en este momento. Sin los sindicatos no queda nada. Es la última oportunidad de este país.

—¿Teme acaso a la extrema derecha?

G. W.—No sólo a la extrema derecha. Esta es poco importante desde el punto de vista numérico, pero está ligada a todas las grandes empresas, los capitalistas, etcétera. El nacionalsocialismo con su Gestapo era absolutamente ineficaz en comparación con la red de informaciones de que dispone actualmente la Policía. No vamos hacia un Estado fascista —es absurdo pensarlo—, pero sí que se avecina un Estado policíaco.

—En mil novecientos sesenta y ocho, el "Bild" incitó los ánimos de la población alemana contra Rudi Dutschke —ésa fue indirectamente la causa del atentado que le costó un ojo—, ¿pueden utilizar ahora los mismos métodos contra usted?

G. W.—No van a atacarme directamente. Pero pueden suscitar tanto odio en torno a mí como para ponerme en peligro.

(El año pasado se incendió un piso de la casa de Wallraff. Desaparecieron ciertos documentos. "Ultimo aviso", le dijo por teléfono una voz anónima. Las amenazas que recibe son constantes.)

—¿Hay alguna pregunta de interés que yo no le haya formulado?

G. W.—Sí. En relación con los "suicidios" de Baader y sus amigos. Existe en relación con este hecho un silencio total por parte de la opinión pública y de los medios de comunicación. Nadie hace preguntas, y sin embargo, ¡qué cúmulo de circunstancias inverosímiles! (Silencio.) Si se tratase de una mentira de Estado sería horrible. ■ (c "Le Nouvel Observateur".)